

# Scala Claustralium

Tratado sobre el modo de orar a partir  
de la Palabra de Dios

San Guigo II, Cartujo





# **Scala Claustralium**

Tratado sobre el modo de orar  
a partir de la Palabra de Dios

SAN GUIGO II, CARTUJO

Guigo II fue el noveno sucesor de san Bruno como prior de la Gran Cartuja en los años 1174 a 1180. Falleció en 1188. Las ilustraciones de este escrito están tomadas de la Capilla del Colegio Mayor San Pablo de Madrid. Son mosaicos de M. I. Rupnik SJ. La portada muestra a la Virgen de la Scala. El Verbo Encarnado desciende a los hombres a través de María.

El hermano Guigo a su querido hermano Gervasio: gózate en el Señor. Me siento como obligado a amarte, porque tú me amaste primero; y me siento impulsado a escribirte, porque en tu anterior carta me invitaste a hacerlo. Por eso me he propuesto transmitirte algunas cosas que he ido pensando acerca del ejercicio espiritual de los monjes, para que puedas juzgar y corregir mis pensamientos, dado que tú conoces mejor este asunto por la experiencia, que yo por la reflexión. Estoy en deuda contigo por todo lo que has hecho por mí. Me rescataste, ¡bendito rescate! de la esclavitud de Egipto y de los placeres del mundo, para convertirme en un soldado del ejército del Señor. Yo era un brote de olivo salvaje y con destreza me podaste y me injertaste en el olivo verdadero. Por eso son tuyas mis primicias y te las ofrezco ahora con gusto (Ex 13, 14; Ct 6, 3. 9; Rom 11, 17. 24).

Cierto día, cuando estaba ocupado en mis trabajos manuales, empecé a pensar en la actividad espiritual del hombre, y vinieron a mi mente los cuatro peldaños espirituales, esto es, la lectura, la meditación, la oración y la contemplación. Esta es la escalera de los que están en el claustro (*Scala Claustralium*), por

la que suben de la tierra al cielo. Se compone, en realidad, de pocos peldaños, pero son de inmensa e increíble altura. Su parte inferior se apoya en la tierra, mientras que la superior penetra las nubes y penetra en los secretos del cielo. Sus peldaños se distinguen tanto por su nombre y número, como por su orden y función. Si se examinan diligentemente sus propiedades y funciones, los efectos que producen en nosotros, cómo se diferencian y qué jerarquía hay entre ellos, se considerará breve y ligero el trabajo y esfuerzo dedicado, frente a la gran utilidad y dulzura que aportan.

La lectura (*lectio divina*) es el estudio cuidadoso de las Escrituras hecho con espíritu atento. La meditación (*meditatio*) es la diligente actividad del entendimiento que investiga, con la ayuda de la propia razón, el conocimiento de la verdad oculta. La oración (*oratio*) es la fervorosa inclinación del corazón a Dios para evitar el mal y alcanzar el bien. La contemplación (*contemplatio*) es la elevación del corazón a Dios saboreando las alegrías de la eterna dulzura. Después de describir los cuatro peldaños nos queda por ver ahora sus funciones.



La lectura busca la dulzura de la vida feliz, la meditación la halla, la oración la pide y la contemplación la experimenta. Porque el mismo Dios dice: *buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá* (Mt 7, 7). En otras palabras, buscad en la lectura y lo hallaréis en la meditación; llamad con la oración y se os abrirá en la contemplación. La lectura, en cierto sentido, pone en la boca alimento sólido, la oración le extrae el sabor, la contemplación es la misma dulzura

que alegra y recrea. La lectura se queda en la corteza, la meditación penetra en el pulpa, la oración es una petición llena de deseo, la contemplación en el goce de la dulzura adquirida.

Para que esto pueda verse con mayor claridad proponemos un ejemplo entre muchos. En la lectura escucho esto: "*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*" (Mt 5, 8). He aquí una frase breve, pero suave y con muchos sentidos, ofrecida como un racimo de uvas para alimento del alma. Ante ella, el alma después de haberla examinado diligentemente, dice para sí: aquí puede haber algo bueno, volveré a entrar en mi corazón e intentaré, si me es posible, comprender y encontrar esta pureza. Esta es, en efecto, algo precioso y deseable, alabada por tantos pasajes de la Escritura; a quien la posee se le llama dichoso y se le promete la visión de Dios, esto es, la vida eterna. Deseando, por tanto, comprender esto más plenamente, empieza a masticar y a triturar esta uva poniéndola, como si dijéramos, en el lagar, mientras estimula su razón para indagar en qué consiste y cómo pueda adquirirse esta pureza tan preciosa y deseable.

Después se pasa a la atenta meditación, que ni se queda en lo exterior, ni permanece en la superficie, sino que da un paso más elevado, penetra en lo interior, escrutando todo en detalle. Considera atentamente que el texto no dice: "Bienaventurados los limpios de cuerpo", sino "limpios de corazón", porque no basta tener las manos limpias de malas acciones, si nuestra mente no está limpia de pensamientos impuros. Y esto lo confirma la autoridad del profeta que dice: "*¿Quién subirá al monte del Señor?*" o "*¿Quién habitará en su templo santo? El que tiene*

*manos inocentes y puro corazón"* (Sal 23, 3-4). Considera también aun cuánto desease ese mismo profeta la pureza de corazón pues orando decía: *"Crea en mí, oh Dios, un corazón puro"* (Sal 50, 12), y también: *"Si hubiera visto iniquidad en mi corazón, el Señor no me hubiera escuchado"* (Sal 65, 18).

Y piensa también cuán solícito era el bienaventurado Job en la custodia de su corazón cuando decía: *"He hecho con mis ojos el pacto de no mirar a doncella alguna"* (Job 31, 1). Mira cuánto se mortificaba este hombre santo que cerraba sus ojos para no mirar vanidad que, tal vez, después de vista por imprudencia, pudiera involuntariamente desear. Después de haber considerado estas y otras cosas semejantes acerca de la pureza del corazón, la meditación empieza a pensar en el premio, o sea cuán glorioso y deleitable sea ver el rostro deseado del Señor, *"el más hermoso de entre los hijos de los hombres"* (Sal 45,2), no ya *"rechazado y despreciado"* (Is 53,3), ni con la apariencia de la cual le revistió su madre la Sinagoga, sino con la estola de la inmortalidad y coronado con la diadema con la cual le coronó su Padre el día de la resurrección y de la gloria, *"día que hizo el Señor"* (Sal 118,24). Piensa que en esta visión se tendrá aquella saciedad de la que dice el profeta: *"Me saciaré cuando aparezca tu gloria"* (Sal 16, 15).

¿Ves cuánto licor ha brotado de un racimo de uva tan pequeño, cuánto fuego salió de esta chispa, cuánto se haya extendido, bajo el yunque de la meditación, esta pequeña masa de *"bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios"* (Mt 5, 8)? ¿Pero cuánto más se podría dilatar aún si se aplicara a ello alguien más experto? Pues intuyo que el pozo es



profundo, mas yo todavía soy un aprendiz sin experiencia y con dificultad he podido recoger estas pocas cosas.

Inflamada el alma por estas ascuas, estimulada por estos deseos, *"roto el alabastro"* (Mc 14, 3) empieza a presentir la suavidad del perfume, aún no por el gusto, sino como si dijéramos por el olfato, y por él capta cuán dulce pueda ser tener experiencia de esta pureza, de la que ya por su meditación advierte llena de placer.

¿Pero qué puede hacer? Se quema por el deseo de poseerla, pero no encuentra en sí el modo de tenerla y cuanto más busca, más sed tiene. Mientras se entrega a la meditación conoce también el dolor, porque tiene sed de la dulzura que la meditación le muestra que se da en la pureza de corazón, pero no se la da a gustar. Pues el sentir esta dulzura no es del que lee o medita, a no ser que se le conceda de lo alto. En efecto, leer y meditar es común tanto a los buenos como a los malos. Y los mismos filósofos paganos, por su razón, hallaron en qué consiste la esencia del verdadero bien. *"Mas, puesto que habiendo conocido a Dios no le dieron gloria como a Dios"* (Rm 1,21), y fiándose presuntuosamente de sus fuerzas decían: *"La lengua es nuestra fuerza, nuestros labios nos defienden, ¿quién nos dominará?"* (Sal 12, 5), no merecieron recibir lo que pudieron ver. *"Se perdieron en la vanidad de sus pensamientos"* (Rm 1, 21), y *"toda su sabiduría no les servía de nada"* (Sal 107, 27), sabiduría que les venía del estudio de disciplinas humanas, no el espíritu de sabiduría, único que da la verdadera sabiduría, es decir, el conocimiento sabroso que alegra y recrea con un gusto inestimable al alma en la que se da. De esta sabiduría se dijo: *"La*

*sabiduría no entrará en un espíritu malvado" (Sb 1, 1).*

*Pues ella solamente procede de Dios (Sab 9,6). En efecto, el Señor ha concedido a muchos el oficio de bautizar, pero se ha reservado a si mismo el poder y la autoridad de perdonar los pecados en el Bautismo. Por eso Juan dijo bien de él precisando: "El es quien bautiza" (Jn 1, 33). Así lo mismo podemos decir de él: El es el que da sabor a la sabiduría y la hace sabrosa al alma. La palabra se ofrece ciertamente a muchos, pero la sabiduría del Espíritu a pocos. Dios la distribuye a quien quiere y como quiere (Ecles 2,26).*

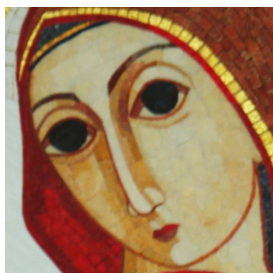
Viendo, pues, el alma que no puede alcanzar por sí sola la dulzura deseada por el conocimiento y la experiencia, y que cuanto más se eleva ella tanto más lejano está Dios, entonces se humilla y se refugia en la oración diciendo: "Señor, que no te dejas ver más que por los limpios de corazón, leyendo he investigado, meditando he buscado cómo pueda adquirirse la verdadera pureza del corazón, para poderte conocer, gracias a ella, al menos un poco. *"Busco tu rostro Señor, tu rostro busco"* (Sal 27, 8). Largamente he meditado en mi corazón y en mi meditación se ha encendido un fuego y un deseo mayor de conocerte (Sal 39, 4). Cuando rompes para mi el pan de la Sagrada Escritura, en la fracción del pan hay gran conocimiento (Lc 24, 30-31) y cuanto más te conozco, más deseo conocerte, no ya en la corteza de la letra, sino en el sentido de la experiencia. Y esto no te lo pido, Señor, por mis méritos, sino por tu misericordia. Pues confieso que soy indigna y pecadora, pero *"también los perritos comen migas que caen de la mesa de sus señores"* (Mt 15, 27). Dame, Señor, una prenda de la herencia

futura, una gota al menos de la lluvia celeste con la que pueda aliviar mi sed, porque me abraso de amor".

Con estos y otros encendidos pensamientos el alma inflama su deseo y muestra así su efecto. Con estos encantos llama a su esposo.

*"Los ojos del Señor están puestos en los justos y sus oídos están atentos a sus oraciones"* (Sal 34, 16), hasta tal punto que no espera a que la oración haya terminado, sino que, interviniendo en el curso mismo de ella, se apresura a entrar en el alma que lo busca con deseo, se apresura a encontrarse con ella, bañándola con rocío de la dulzura celeste y con perfume de ungüentos preciosos. Recrea así al alma fatigada, sostiene a la que está sedienta, nutre a la que tiene hambre, le hace olvidar todas las cosas de la tierra, la vivifica haciendo admirablemente que se olvide de sí y, embriagándola, la hace sobria. Y, así como en algunos actos carnales la concupiscencia de la carne vence al alma hasta el punto que pierde el uso de la razón y el hombre resulta casi completamente carnal, también en esta contemplación superior, por el contrario, los movimientos de la carne son superados y absorbidos por el alma hasta tal punto que la carne no contradice en nada al espíritu y el hombre resulta casi completamente espiritual.

Pero, Señor, ¿cómo sabremos cuándo haces esto y cuál es la señal de tu llegada? ¿Acaso no son los suspiros y las lágrimas los testigos y los mensajeros de esta consolación y alegría? Si es así, se trata de una señal nueva e inusitada. Pues, ¿qué relación existe entre la consolación y los suspiros, entre la



alegría y las lágrimas, si es que se les puede llamar a eso lágrimas y no más bien abundancia desbordante del rocío interior y como ablución del hombre exterior? Así como en el bautismo de los niños se representa y se indica con una ablución externa una purificación interna del hombre, así, aquí, por el contrario, la purificación interior precede a la ablución exterior. ¡Felices lágrimas, por las que se lavan las manchas interiores, por las que se extinguen los incendios de los pecados! "*Bienaventurados los que así lloráis porque reiréis*" (Mt 5, 5). Reconoce, alma mía, en estas lágrimas a tu esposo, abraza al que deseas. Embriégate ahora de un torrente de placer, sáciate de esa ubre de consolación como de leche y miel.

Los gemidos y las lágrimas son los pequeños regalos, estupendos y reconfortantes, que te ha dado tu esposo. En estas lágrimas te pone delante una bebida sobreabundante. Estas lágrimas, más dulces que el panal de miel, son tu pan día y noche, pan, sí, que reafirma el corazón del hombre. Señor Jesús: si tan dulces son estas lágrimas suscitadas por el recuerdo y el deseo de ti, ¡cuánto más dulce no será el gozo que se tendrá en la plena visión de ti! Si es tan dulce llorar por ti, ¡cuán dulce será gozar de ti! Pero ¿por qué proferimos en público estos secretos coloquios?, ¿por qué tratamos de expresar, con palabras comunes, sentimientos indecibles e inenarrables?

Los que no han gustado (*inexpertí*) tales cosas no pueden entenderlas, a menos que las lean expresamente en el libro de la experiencia, enseñados por la misma unción (*divina*). Si no, la letra exterior no sirve de nada al lector. Poco sabor tiene la lectura de la letra externa a no ser que tome la explicación y el sentido

interno de su corazón.

¡Oh, alma!, hemos prolongado mucho la conversación. Buena cosa sería quedarnos aquí, contemplando con Pedro y Juan la gloria del esposo, y permanecer largo tiempo con él, y plantar, si él quisiera, no ya dos ni tres tiendas (Mt 17, 1-4), sino una en la que estuviéramos juntos y juntos gozáramos. Pero ya está diciendo el esposo: Déjame que ya viene la aurora, ya has recibido la luz de la gracia y la visita que deseabas. Habiendo dado, pues, su bendición, herida la articulación femoral, y cambiado el nombre de Jacob en Israel (Gn 32, 25-31) el esposo tan largamente deseado se aleja por un poco, desapareciendo rápidamente. Se oculta tanto en lo que se refiere a la visita de la que hemos hablado como a la dulzura de la contemplación, pero permanece presente con su gracia, guía y unión.

Pero no temas, esposa, no desesperes, no te consideres despreciada, si por un poco el esposo te oculta su rostro. Todo esto contribuye a tu bien, y de su venida y de su alejamiento sacas provecho. Viene a ti, y también se retira. Viene para consolarte, se retira por prudencia, para que la magnitud de la consolación (2 Cor 12, 7) no te ensoberbezca, no sea que al estar siempre junto a ti el esposo, empieces a despreciar a las compañeras, y atribuyas esta continua visita no ya a la gracia sino a la naturaleza.

Pues el esposo concede esta gracia a quien quiere y cuando quiere; no se la posee como si fuese un derecho hereditario. Un proverbio popular dice que la excesiva familiaridad genera desprecio. Se aleja, pues, porque si fuese demasiado asiduo, sería despreciado. Al estar ausente, será más

deseado, al ser más deseado, será más ávidamente buscado. Y al ser buscado por largo tiempo, será finalmente, con más gozo hallado. Además si nunca faltara esta consolación (la cual es enigmática y parcial, en relación con la futura gloria que se revelará en nosotros) tal vez *"creeríamos que tenemos aquí una ciudad permanente y buscaríamos menos la futura"* (Heb 13,14).

Por tanto, para que no consideremos el exilio como patria, la prenda como el premio último, el esposo viene, y a veces se va, unas trayendo consolación, otras cambiando todo nuestro lecho en enfermedad. Por un poco nos permite gustar lo suave que es, y antes de que lo podamos experimentar hasta el fondo, desaparece. Y así, revoloteando como con alas desplegadas sobre nosotros, nos estimula a volar, como si dijera: Ya habéis gustado por un poco lo dulce y suave que soy, pero si queréis ser saciados hasta el fondo por esta dulzura mía, corred tras de mí al olor de mis perfumes teniendo elevado el corazón allí donde yo estoy a la diestra de Dios Padre. Allí me veréis, no como en un espejo, confusamente, sino cara a cara y vuestro corazón gozará plenamente, y vuestra alegría nadie os la podrá quitar.

Pero ten cuidado, esposa. Cuando se ausenta el esposo no se va lejos, y aunque tú no le ves, él sin embargo te ve siempre. *"Está lleno de ojos, por delante y por detrás"* (Ap 4, 6). Nunca puedes esconderte de él. Tiene también en torno a sí como mensajeros espíritus atentísimos y sagaces para ver cómo te comportas en la ausencia del esposo, y para acusarte ante él si hubieren hallado en ti signos de lascivia y de ligereza. Este esposo es el típico celoso. Si por casualidad recibieras a otro

amante, si trataras de agradar más a otros, inmediatamente se apartaría de ti y se uniría a otras jóvenes. Este esposo es delicado, noble y rico, bello de aspecto, *"más que ningún otro entre los hijos de los hombres"* (Sal 45,2) y por lo tanto no quiere tener más que una bella esposa. Si viera en ti una mancha o una arruga, inmediatamente apartaría de ti los ojos. Pues no puede soportar ninguna impureza. Sé, pues, casta, llena de pudor y humilde, de modo que merezcas ser visitada a menudo por tu esposo.

Temo haber hablado demasiado sobre el tema, pero a ello me impulsó la materia fértil y al mismo tiempo dulce, que no mi propia iniciativa. Ignoro cómo he sido atraído por su dulzura a pesar mío.

Así, para que se vean mejor juntos todos los puntos que se han tratado de manera dispersa, recogeremos recapitulando todo lo que se ha dicho anteriormente. Como ya se ha hecho notar en los anteriores ejemplos, se puede ver cómo los mencionados peldaños se relacionan entre sí, precediéndose uno a otro tanto en el orden temporal como en el causal. Primeramente, como fundamento, está la lectura, que ofreciendo la materia, te lleva a la meditación. La meditación investiga con más diligencia lo que hay que desear, y como excavando, halla el tesoro y lo muestra. Pero, como por sí misma no puede alcanzarlo, nos empuja a la oración. La oración elevándose con todas sus fuerzas hasta el Señor, implora el tesoro que desea, esto es, la suavidad de la contemplación. Cuando ésta se da, recompensa todo el trabajo de las tres anteriores, embriagando al alma sedienta con el rocío de la dulzura celestial. La lectura es un ejercicio exterior, la meditación una comprensión interior, la oración es un deseo, la



contemplación la superación de todo sentido. El primer peldaño es del que empieza (*incipientes*), el segundo del que avanza (*proficientes*), el tercero de los entregados (*devotos*), el cuarto de los felices (*beatos*).

Estos peldaños están concatenados entre sí y se prestan un servicio recíproco, de tal manera que los primeros sin los siguientes sirven de poco o nada, y los subsiguientes sin los precedentes no se pueden alcanzar nunca o raramente. En efecto, ¿de qué sirve ocupar el tiempo en la lectura continuada (*lectio continua*), tener siempre en la mano vidas y escritos de santos, si luego no les extrae el jugo rumiándolos y masticándolos, e ingiriéndolos no los manda hasta lo más íntimo del corazón, de modo que a su luz consideremos diligentemente nuestra vida y tratemos de realizar aquellas mismas obras de las cuales nos gusta oír hablar? Pero, ¿cómo reflexionaremos en estas cosas, o cómo estaremos atentos para no traspasar, meditando cosas vanas e inútiles, los límites fijados por los santos padres, si no hemos sido antes instruidos sobre esto por la lectura o bien por la escucha? Pues la escucha pertenece de algún modo a la lectura. Por eso solemos decir que hemos leído, no sólo aquellos libros que hemos leído por nosotros mismos, sino también aquellos que hemos escuchado de maestros.

Del mismo modo, ¿qué aprovecha al hombre el ver por la meditación lo que tiene que hacer, a menos que, por la ayuda de la oración y de la gracia de Dios, esté en grado de realizarlo? Pues ciertamente todo buen regalo, "*todo don perfecto viene de arriba, del Padre de las luces*" (Sant 1, 17), sin el cual nada podemos hacer, sino que él mismo hace todo en nosotros, si bien



no sin nosotros. Pues *"somos cooperadores de Dios"*, como dice el Apóstol (1 Co 3, 9). Ciertamente Dios quiere que le ayudemos, y que, a él, que *viene y llama a la puerta* (Ap 3,20), le abramos lo profundo de nuestra voluntad y le demos nuestro consentimiento. Este consentimiento exigía de la Samaritana cuando decía: *"Llama a tu marido"*. Como si dijera: Te quiero infundir la gracia, tú aplica tu libre albedrío. Requería de ello la oración cuando decía: *"Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice dame de beber, tal vez tú le pedirías a él agua viva"*. Habiendo oído esto, instruida la mujer como por la lectura, meditó en su corazón que tener este agua podía ser bueno y útil para ella. Encendida, pues, por el deseo de tenerla, se volvió a la oración diciendo: *"Señor, dame de esta agua para que no tenga ya más sed, ni tenga que venir aquí a sacarla"* (Jn 4, 6.10.15).

He aquí como la escucha de la Palabra de Dios y la subsecuente meditación de la misma la incitaron a la oración. Y ¿cómo, pues, hubiera sido solícita en pedir si antes no le hubiera encendido la meditación? O, ¿de qué le hubiera valido la meditación precedente, si, lo que le mostraba como apetecible, no lo hubiera impetrado la oración posterior? Por lo tanto para que la meditación sea provechosa es necesario que siga una oración fervorosa, cuyo efecto sería la dulzura de la contemplación.

De todo esto podemos concluir que la lectura sin la meditación es árida; la meditación sin la lectura, errónea; la oración sin la meditación, tibia; la meditación sin la oración, infructuosa; la oración hecha con fervor permite alcanzar la contemplación; la consecución de la contemplación sin la oración es más bien rara o milagrosa. Dios, cuyo poder no tiene límites y

cuya misericordia está sobre todas sus obras, algunas veces suscita de las piedras hijos de Abraham (Lc 3,8), cuando obliga a consentir en su voluntad a corazones duros y que oponen resistencia, y así, como suele decir el vulgo, arrastra al buey por los cuernos, como pródigo, cuando no llamado se introduce. Lo cual, aun cuando leemos que sucedió alguna vez a alguien, como a S. Pablo y a algunos otros, sin embargo no por ello debemos nosotros pretender las cosas divinas, como atentando a Dios, sino que debemos hacer lo que a nosotros nos corresponde, a saber, leer y meditar la ley de Dios, suplicar que sea él mismo el que venga en ayuda de nuestra debilidad y vea nuestra imperfección, lo cual él mismo nos enseña a hacerlo cuando dice: "*Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá*" (Mt 7, 7). Y también "*el reino de los cielos padece violencia, y los violentos lo arrebatan*" (Mt 11, 12). Por las distinciones señaladas se pueden percibir las propiedades de los antedichos peldaños, cómo se relacionan entre sí y qué efecto produzcan cada uno sobre nosotros.

Feliz el hombre cuya alma, libre de las otras preocupaciones, desea siempre estar tratando de ascender por estos cuatro peldaños, y, "*vendidos todos los bienes, compra el campo aquél en que está escondido el tesoro que desea*" (Mt 13, 44), a saber, poder dedicarse y "*ver lo suave que es el Señor*" (Sal 34, 9). Ejercitado en el primer peldaño, circunspecto en el segundo, ferviente en el tercero, elevado sobre sí mismo en el cuarto, asciende de virtud en virtud por estas subidas, que ha dispuesto en su corazón, hasta "*ver al Dios de los dioses en Sión*" (Sal 84, 8). Feliz aquél a quien se le concede permanecer, aunque

sea por poco tiempo, en este peldaño más elevado y que puede decir con verdad: «He aquí que siento la gracia de Dios, he aquí que contemplo en el monte, con Pedro y Juan, su gloria; he aquí que con Jacob me deleito de los abrazos de Raquel». Pero tenga cuidado éste, para que después de semejante contemplación por la fe elevado hasta los cielos, no caiga en los abismos con caída imprevista, ni se vuelva, después de la visión de Dios, a mundanidades lascivas y a los atractivos de la carne. Pero cuando la debilidad y la fragilidad del espíritu humano no pueda soportar por más largo tiempo el resplandor de la verdadera luz, descienda ligera y ordenadamente a alguno de los tres peldaños por los que ascendió. Deténgase alternativamente ya en uno, ya en otro peldaño, según el movimiento del libre albedrío, según el lugar y el tiempo, tanto más cercano ya a Dios cuanto más alejado del primer peldaño. Pero ¡ay!, ¡frágil y miserable condición humana! Con la ayuda de la razón y los testimonios de las Escrituras veremos claramente que la perfección de la vida humana se contiene en estos cuatro peldaños y que el hombre espiritual debe ejercitarse en ellos. Pero ¿quién es el que camina por este sendero de vida?, ¿quién es y lo alabaremos? El quererlo es de muchos, el lograrlo de pocos.

Cuatro las causas que nos apartan las más de las veces de estos peldaños, a saber: una necesidad inevitable, la utilidad de una buena acción, la debilidad humana, la vanidad del mundo. La primera es inexcusable, la segunda tolerable, la tercera miserable, la cuarta culpable. Pues a aquellos, a quienes esta última causa les aparta de su santo propósito, mejor les fuera no conocer la gloria de Dios, que después de conocida retroceder. En efecto ¿qué

excusa de pecado tendrá éste? El Señor le podrá decir justamente: "*¿Qué pude hacer por ti que no hice?*" (Is 5, 4). No existías y te creé, pecaste, haciéndote esclavo del diablo, y te redimí. Corrías con los impíos en el circuito del mundo y te elegí. Te concedí gracia en mi presencia y quise hacer en ti mi morada, pero tú me despreciaste y no sólo has rechazado mis palabras sino a mí mismo y has caminado tras tus concupiscencias.



Pero, Dios bueno, suave y manso, tierno amigo y prudente consejero, fuerte ayuda, ¡qué inhumano, qué temerario es el que te rechaza, el que aleja de su corazón a un huésped tan humilde y tan manso!, ¡qué sustitución tan infeliz y dañosa, rechazar al propio creador y acoger pensamientos torpes y malos!, ¡entregar tan pronto aquella secreta morada del Espíritu Santo, el secreto del corazón, hasta poco antes vuelto a las alegrías celestes, para ser conculcado por pensamientos inmundos y pecados! Todavía están calientes en el corazón los vestigios del esposo, ¿y ya se entrometen deseos adulterinos? Es inconveniente e indecoroso que oídos que poco antes oyeron palabras que no es lícito al hombre referir, se inclinen tan rápidamente a escuchar fábulas y detracciones; que ojos, que poco antes habían sido bautizados por lágrimas santas se vuelvan de repente a mirar vanidades; que la lengua que apenas había terminado de cantar dulces epitalamios, que había reconciliado a la esposa con el esposo mediante encendidas y persuasivas palabras, y la había introducido en la cantina de vinos escogidos, de nuevo se vuelva a vanas conversaciones, a ligerezas, a maquinar engaños y a

chismorrear. ¡Aleja de nosotros todo esto, Señor! Pero si tal vez por humana flaqueza cayéramos en semejantes cosas, no nos desesperemos por ello, sino recurramos de nuevo al Médico lleno de clemencia, que *"levanta del polvo al desvalido, hace surgir de la basura al pobre"* (Sal 112, 7), y que *"no quiere la muerte del pecador"* (Ez 18,23). De nuevo él nos curará y nos sanará.

Ya es tiempo de poner fin a esta carta. Supliquemos, pues a Dios que mitigue hoy los obstáculos que nos apartan de su contemplación y que en el futuro los haga desaparecer de nosotros. Que nos conduzca por diversos peldaños, de virtud en virtud, hasta que veamos a Dios en Sión (Sal 84,8). Allí los elegidos no gustarán la dulzura de la divina contemplación de modo intermitente, como gota a gota, sino que llenos por un torrente de placer incesante, poseerán un gozo que nadie les podrá arrebatarse, y una paz sin mutación, paz en él mismo. Tú, pues, Gervasio, hermano mío, si alguna vez se te concede ascender a la cima de estos peldaños, acuérdate de mí, y reza por mí cuando te haya ido bien, para que así se corran los velos, y el que oiga diga: ¡Ven!





